

CAPITULO UNDÉCIMO.

Principio moral. — Helvecio.

Si los sistemas filosóficos se limitaran á la exposicion del principio que les da el ser y sus consecuencias metafísicas, en este caso todo el campo de la filosofia se reduciria al estrecho círculo de los hombres consagrados á la ciencia, y el mundo no se aperibiria de las discusiones y polémicas que entre ellos se promovieran desde el interior de sus gabinetes para no salir de entre ellos mismos. Pero no es así; los sistemas filosóficos llevan la misma marcha que todas las ideas de la humanidad. Un filósofo sienta el principio creador del sistema; otros desenvuelven las consecuencias metafísicas que encierra este principio, y en seguida otros, descendiendo de las alturas metafísicas, pasan á las aplicaciones morales, legislativas y políticas; y de esta manera los sistemas filosóficos representan la bola de nieve que se desprende de las alturas, que, casi imperceptible en su origen, llega al valle con una magnitud y un poder extraordinarios. No hay sistema que no lleve esta marcha constante de los sábios á los ignorantes, de los filósofos al pueblo; y mientras los sábios y los filósofos se reservan para sí la teoría de la ciencia, transmiten

á los ignorantes y al pueblo las aplicaciones prácticas, con las que forman los hábitos de la sociedad en el sentido que exige la teoría; y esta teoría y estas aplicaciones en la expansion que reciben son el molde donde se elaboran todos los pensamientos; y de este modo, sin saberlo y á veces sin quererlo, se ve á los hombres mas extraños á los estudios filosóficos dejarse llevar de la disposicion general que afecta á los espíritus y hablar y obrar como cosa resuelta y decidida, y como lo pudieran hacer los mismos filósofos creadores del sistema. De aquí resulta ser imposible estudiar y conocer la historia de una época, de un siglo cualquiera, sin conocer la filosofía de la misma época ó siglo; porque el sistema filosófico reinante es como el centro de gravedad, en torno del que gravitan todos los hechos generales de aquella época, y no es posible darles su verdadero sentido sin conocer la forma filosófica que vistió entonces la sociedad.

Los que vivimos consagrados al ejercicio práctico de las leyes notamos esto mismo con respecto á la legislacion. ¿Es posible penetrar el espíritu de la legislacion romana sin hacer un estudio profundo de la filosofía estóica? Y ¿por qué? Porque los romanos, hombres prácticos y enemigos de especulaciones metafísicas, dieron la preferencia á aquellos sistemas, que se rozaban mas con la moral y los negocios de la vida, y en este concepto no fueron platonianos ni aristotélicos, y sí epicúreos y estóicos; pero si el epicureismo tuvo sus partidarios, el estoicismo se absorbió lo mas florido de las inteligencias romanas, y creó aquel espíritu rígido y severo que resalta en todos los hechos de su historia, y vino despues á refluir en la legislacion. Y qué, ¿no nos sucede lo mismo en el estudio de los códigos modernos? ¿Es posible dar un paso en su conocimiento sin el estudio de la filosofía reinante? ¿Quién da razon de la legislacion penal sin conocer los Rossis, los Becarias, los Bentham y los Romagnosis? Y ¿quién es capaz de penetrar el espíritu en que escribieron estos autores sin conocer la filosofía del siglo XVIII?

Sin salir del país en que hemos nacido tenemos una prueba patente de esta verdad. En los siglos XVII y XVIII nosotros no hemos conocido otra forma que la religiosa, porque proscrita entre nosotros la libertad de pensamiento, no ha podido conocerse forma alguna filosófica, y nuestra sociedad ha sido exclusivamente teocrática. Introduciéndose poco á poco el espíritu filosófico en el siglo XIX, ha ido cobrando cuerpo hasta conseguir tomar posicion en medio de continuos reveses, sirviéndole de escudo las formas constitucionales; y entre el principio antiguo, imponente y tradicional, y el principio moderno, novador y agresivo, se vislumbran ya las influencias de los sistemas filosóficos, si bien no han salido de las clases ilustradas. Y quien penetre en el corazon de estas clases advertirá la eficaz influencia que en ellas ha ejercido el principio empírico en los treinta primeros años de este siglo y las modificaciones que en los veinte últimos ha ido recibiendo á impulso del principio psicológico, que en el campo de la filosofia ha sustituido á aquel, es decir, se ha verificado en nuestras clases ilustradas la misma variacion de formas filosóficas que ha tenido lugar en la vecina Francia respecto á las masas. A las tendencias sensualistas, notadas ya en el siglo anterior, han sucedido tendencias espiritualistas, y en ambos casos hay ya una forma filosófica, por lo menos instintiva, que caracteriza la presente época en nuestro país; y el tiempo, que madura las ideas, nos dará lo demás que se necesita, para que el espíritu filosófico se infiltre en las masas y entre de lleno nuestra nacion en el movimiento general filosófico de la Europa, de que estuvo separada en los dos siglos precedentes por causas que no es de este lugar referir. Entonces habrá una filosofia española como hay una filosofia francesa, una filosofia escocesa, una filosofia alemana, y entonces no se dirá que el Africa comienza en los Pirineos, que es la frase con que tan indignamente nos honraban nuestros vecinos en el último siglo. Ahora bien, si el principio creador del sistema es cierto, se ven cumplidas las miras de

la Providencia, y la sociedad marcha por el camino de la perfectibilidad. Si el principio es falso, la forma filosófica está viciada, y las consecuencias son funestas, no precisamente por los males que pueda producir el mismo principio creador como objeto de discusion de un corto número de sábios, sino por las aplicaciones prácticas que ha recibido en el órden social, moral y político; alterando profundamente las creencias del pueblo. Este es el mal que produjo el sistema empírico en el siglo XVIII.

He expuesto el principio creador de este sistema, y hemos visto á Condillac deducir el sensualismo, á Broussais el materialismo, á Hartley el fatalismo, y á Hume el escepticismo, encerrándose para hacer estas deducciones en el campo de la pura teoría. Ahora vamos al terreno de los hechos, á las aplicaciones prácticas, á la exposicion de las doctrinas de Helvecio, Hobbes y Bentham, que es donde se tocan de cerca las consecuencias que acarrea un sistema falso en su base, cuando llega á adoptarse y convertirse en forma real de la inteligencia en una época dada. Comenzaré, pues, por Helvecio.

Claudio Adriano Helvecio nació en París, en 1715. Su padre era el primer médico de la reina, y con tan ventajosa posicion recibió una educacion esmerada. Su pasion dominante era el amor á la gloria literaria, y su casa en París se hizo el centro de aquella brillante sociedad que en la misma época llenaba los salones filosóficos. Publicó varias obras, pero la mas notable fué su *Libro del Espíritu*, del que decia Voltaire que Helvecio habia prometido un libro del espíritu y que habia dado un tratado sobre la materia. A su aparicion hizo mucho ruido esta obra; mas como fuese condenada por la autoridad, Helvecio abandonó la Francia, teniendo el desconsuelo á su vuelta de encontrar un cambio notable de opinion en el mismo partido filosófico, siendo Rousseau uno de los que en su *Emilio* combatió hasta con indignacion todos los principios del *Libro del Espíritu*.

La doctrina de Helvecio es muy fácil de comprender, teniendo

presente los antecedentes que quedan consignados en los capítulos anteriores. Locke, como hemos visto, sentó el primero la cuestión del origen de las ideas, y las hizo derivar todas de la sensación, de donde proceden todas las ideas elementales, y de la reflexión, que elabora y combina los materiales suministrados por la sensación. Este análisis, según vimos, es inexacto é infiel, porque quedan excluidas todas las ideas absolutas y necesarias que nos suministra la razón. Viene luego Condillac y avanza á mas; suprime la reflexión, y deja como único origen de ideas la sensación, es decir, suprime el principio activo que Locke había respetado, y deja reducida el alma á una pura capacidad, para recibir las impresiones que vengan del mundo exterior y á no ser mas que una colección de sensaciones. Sin embargo, Condillac no se atrevió á negar la existencia del alma, si bien la privó del carácter de sustancia, y la redujo á ser un puro accidente, y no negando su existencia, consideró la sensación como un acto psicológico, distinto del cerebro, Broussais borró esta diferencia, y redujo la sensación á no ser mas que la conmoción orgánica, que los objetos exteriores hacen sobre los sentidos, convirtiendo las ideas en un resultado de la organización. Helvecio, al sentar las bases de su psicología, se precipitó, como era natural, por este mismo derrumbadero, y como su plan era rebajar la naturaleza humana hasta asimilarla á la de las bestias, se explica de esta manera:

«Todas las patas de los animales se terminan ó por pezuñas, como el buey ó el ciervo; ó por uñas, como el perro ó el lobo; ó por garras, como el león ó el gato. Esta diferencia de organización entre nuestras manos y las patas de los animales, no solo priva á éstos, como dice Buffon, casi por entero del sentido del tacto, sino también de la destreza necesaria para manejar cualquier herramienta, ó para hacer cualquiera descubrimiento que suponga manos. La vida de los animales, en general mas corta que la nuestra, no les da tiempo, ni para hacer tantas observa-

ciones, ni para tener tantas ideas como el hombre. Los animales, mejor armados y mejor vestidos que nosotros por la naturaleza, tienen menos necesidades, y deben, por consiguiente, tener menos invencion. Si los animales voraces tienen, en general, mas inteligencia que los otros animales, consiste en que el hambre mas inventiva les suministra ardidés que aseguren su presa. Los animales solo pueden formar una sociedad fugitiva en presencia del hombre, quien, auxiliado de las armas que se ha forjado, ha llegado á hacerse temible á los mas fuertes de entre ellos. Por otra parte, el hombre es el animal que mas se ha multiplicado sobre la haz de la tierra. Nace y vive en todos los climas, cuando una parte de los otros animales, tales como los leones, los elefantes, los rinocerontes, solo se encuentran bajo cierta latitud. Entre los animales, cuanto mas se multiplica una especie susceptible de observaciones, tantas mas ideas é inteligencia se descubren en ella. Y ¿por qué los monos, se dirá, cuyas patas son poco mas ó menos tan mañosas como nuestras manos, no hacen iguales progresos que hace el hombre? Porque nos son inferiores bajo muchos conceptos; porque los hombres están mas desparramados sobre la tierra; porque entre las diferentes especies de monos hay pocos cuya fuerza sea comparable á la del hombre; porque los monos son frugívoros, tienen menos necesidades y por lo mismo menos invencion que los hombres; porque además su vida es mas corta, y solo forman una vida fugitiva en presencia del hombre y de los animales, tales como los tigres, los leones, etc., y en fin, porque condenándolos su organizacion á estar en continuo movimiento, como los niños, aun despues de haber satisfecho sus necesidades, no son susceptibles del tedio ó aburrimiento, que debe mirarse como uno de los principios de la perfectibilidad del espíritu humano.»

Despues de estos pasages continúa Helvecio, como engraido con la fuerza de su razonamiento: «Si la naturaleza, en lugar de manos y de dedos flexibles, hubiera terminado nuestras muñecas

por un pié de caballo, ¿quién duda que los hombres sin artes, sin habitaciones, sin defensa contra los animales, ocupados exclusivamente del cuidado de proveer á su subsistencia y de librarse de las bestias feroces no andarian aun errantes por los bosques como rebaños fugitivos?»

La consecuencia que Helvecio deduce de estos hechos es que el hombre es un sér puramente sensible, que solo se diferencia de los demás animales en su mejor organizacion. Helvecio explica todas las facultades del alma, y todas las hace derivar de la sensibilidad fisica en los términos que lo hemos visto en la exposicion del sistema de Condillac. Con estos antecedentes le fué á Helvecio sumamente fácil y sencillo fundar la moral del interés, porque la moral del interés es una consecuencia rigurosa de estos principios.

Reducido el hombre á no recibir otras ideas elementales que las que le vienen por el tacto, por la vista, por el oido y por el olfato, es decir, otras ideas que las que le suministre la sensacion, tenemos que, como la materia sola es la que produce impresiones sobre los sentidos, y como estas impresiones, segun nuestra constitucion, son agradables ó desagradables, nuestro instinto y nuestro deber es buscar las agradables y rechazar las desagradables; y por consiguiente, mirar como único norte de nuestras acciones el placer fisico, que es la única idea de bien que nos dan los sentidos, y trabajar en que se conserve el cuerpo como instrumento de placer. Luego el único móvil de nuestra conducta es el placer y el dolor fisicos, á fin de conseguir uno y evitar otro; y el destino único de nuestra inteligencia consiste en estudiar los medios de conseguirlo, calculando las ventajas y desventajas que pueden seguirse de nuestras acciones para el logro de nuestra felicidad material; y cuando hay maña y destreza en estos cálculos, se dice haber consultado el interés bien entendido. Porque no hay remedio; por los sentidos no conocemos otras necesidades que las físicas, y si no tenemos otras ideas elementa-

les que las que nos dan los sentidos, todo nuestro anhelo, todas nuestras aspiraciones y todos nuestros derechos están reducidos á entrar en posesion de los objetos propios á satisfacer estas necesidades; y el objeto de la moral se reduce á no llevar esta exigencia mas allá de lo que permite el interés, que es obra de la prudencia; y por eso la prudencia es la virtud por excelencia para los moralistas que sostienen esta funesta doctrina. Helvecio hace derivar de la sensibilidad física, no solo las facultades de la inteligencia, sino tambien las de la voluntad, es decir, que la sensibilidad es el origen único de las facultades activas y pasivas del hombre, y el hombre entero es la sensibilidad física. Cuando explica las facultades activas no encuentra otras que las pasiones, ni podia encontrarlas; porque reducido el hombre á una pura capacidad, sin un principio activo para reobrar sobre el mundo exterior, de donde recibe las impresiones, sería un contrasentido, si Helvecio reconociera otras excitaciones, otros móviles para obrar que estas mismas impresiones externas. Las pasiones, segun Helvecio, que la casualidad pone en juego, son los únicos móviles de nuestra voluntad, los únicos elementos de nuestra existencia, y por lo mismo todos nuestros sentimientos y todos nuestros actos no tienen otro origen que las pasiones; y todo lo que se llama virtud, desinterés, amor, no son mas que unas vanas apariencias.

Helvecio reduce á un sistema filosófico el *Libro de las Máximas*, que un siglo antes habia escrito Mr. La Rochefoucauld. Este filósofo habia dicho: todas nuestras virtudes no son mas que el arte de aparecer hombres de bien. Las virtudes se pierden en el interés, como los rios se pierden en el mar. La virtud no iria tan lejos, si la vanidad no la hiciese compañía. El vicio y la virtud no difieren el uno del otro mas que en el nombre y en la apariencia. Los vicios entran en la composicion de las virtudes como los venenos entran en la composicion de las medicinas; la prudencia los mezcla y los atempera y se sirve de ellos con utilidad

contra los males de la vida. El amor no es mas que el amor de sí mismo ó el amor propio ; porque con el amor verdadero , que supone la virtud , sucede lo que con la aparicion de los espíritus , que todo el mundo habla de ellos , y nadie los ha visto. La compasion no es mas que el sentimiento de nuestros propios males en los males de otro. Socorremos al prójimo para empeñarle á que haga con nosotros lo mismo en iguales circunstancias ; y estos servicios , que le hacemos , no son en último resultado otra cosa que un bien , que á prevencion nos hacemos á nosotros mismos. Si alabamos á alguno es para que nos alabe. El amor á la ciencia no tiene otro origen que el interés ó el orgullo. Hasta el dolor que nos causa la muerte de nuestros amigos ó parientes puede mirarse como un efecto de egoismo. La constancia de los sábios no es mas que el arte de encerrar su agitacion en su corazon. La filosofia triunfa de los males pasados y del porvenir ; pero los males presentes triunfan de ella. Hay muchas especies de hipocresías en nuestros sinsabores. So pretesto de llorar la pérdida de un amigo , lloramos por nosotros mismos , atendida la influencia que pueda tener sobre nuestros bienes , sobre nuestros placeres y sobre la consideracion que merezcamos. Se llora tambien por adquirir la reputacion de ser tierno , de ser lastimero y para que se le llore ; y en fin , se llora por evitar la vergüenza de no llorar. Nuestro orgullo acrece con todo lo que quitamos de todos los demas defectos nuestros. A pesar de esta diferencia , la vanidad y el interés , despues de haber absorbido , por decirlo asi , todos los demas sentimientos del corazon humano ; vienen á resolverse , á su vez , en el amor propio ; y si el amor propio es nuestro único sentimiento , nuestra única pasion , tiene razon La Rochefoucauld en decir que no hay mayor ni mas terrible mal que la muerte ; y con este motivo añade que el sol y la muerte no se pueden mirar con la vista fija , que el desprecio de la muerte no es mas que el temor de examinarla , que es muy dudoso que el desprecio á la muerte sea sincero , que no es la razon la que nos lo inspira , antes

por lo contrario, sirve para hacernos ver que la muerte es el mayor de todos los males, y en fin, que los mas hábiles y los mas valientes son aquellos que cubren mejor el expediente para ahorrar pensar en ella; porque el que llega á verla tal como ella es, encuentra que la muerte es una cosa espantosa. Helvecio, que se empapó en todas las doctrinas de La Rochefoucauld, y que con mas ó menos extension las desenvuelve en su *Tratado del Espiritu*, resume toda su teoría de la moral, del placer, en la siguiente máxima: «Si el universo físico está sometido á las leyes del movimiento, no lo está menos el universo moral á las del interés.»

En la adopcion del principio, Helvecio fué un discípulo de Condillac; en la exposicion de sus doctrinas morales lo fué de La Rochefoucauld, de Hobbes, de Mandeville. Este último habia escandalizado la Inglaterra con su fábula de las abejas. Supone un enjambre de abejas sometido á las mismas costumbres, los mismos vicios y las mismas virtudes que las sociedades humanas, y en el que los médicos no eran mas que unos charlatanes, los sacerdotes unos hipócritas, los reyes hechos juguete de ministros malignos é interesados, la justicia venal y corrompida; en una palabra, todas las fracciones de este estado eran presa de una depravacion general. Sin embargo, la gran masa marchaba perfectamente y formaba un estado floreciente y bien organizado. Los crímenes de esta nacion formaban su grandeza, y la virtud, conducida por los artificios de la política, caminaba enteramente de acuerdo con el vicio. El todo era un perfecto paraíso. Sucedió que un dia un miembro de esta sociedad, que se habia enriquecido de la manera mas inmoral, se indignó de ver un guantero que daba piel de cordoban por piel de cabra, y se puso á predecir que si se permitian tales picardías, el país y el pueblo perecerian infaliblemente. En el momento los otros miembros, mas bellacos, se pusieron á clamar contra tales desórdenes, é invocaron la probidad. Júpiter escuchó sus votos y purgó de todo fraude esta colmena, tan chillona como descontentadiza. Las costumbres

se reformaron en efecto; pero las artes, ministros de los placeres y el fausto, abandonaron el campo sobre la marcha; se presentaron enemigos por todas partes; millares de bravos perecieron en las luchas, y de todo el enjambre solo quedó un pequeño resto, que se retiró al hueco de un árbol, reducido á la triste satisfaccion que puede dar la virtud.

Es imposible concebir un cuadro mas horrible de la sociedad. En el fondo de esta fábula no hay otra base de prosperidad que las pasiones, y las pasiones no reconocen otra base que el amor desordenado de sí mismo con el sórdido interés que le alimenta. Helvecio, sin embargo, no presenta su moral práctica con este descaro, si bien conduce al mismo término. Por lo contrario, si nos atuviéramos á sus preceptos prácticos, quizá habria poco que reprender, por lo menos en lo que dice, aunque si mucho por lo que calla y por el vicio capital de que adolece el principio, de donde deduce lo mismo que dice.

Helvecio, hasta ahora, no ha hecho mas que presentar la moral del interés bajo una forma científica, fundándose en el principio sensualista y reuniendo cuantos extravíos se habian escrito hasta entonces en este sentido. Pero el *Libro del Espíritu* presenta una novedad, presenta una idea, que Helvecio puede reivindicar con razon. Nuestra alma es una tabla rasa, es una pura capacidad para recibir las impresiones que vienen del mundo exterior. Todo lo que se dice de principio activo y de disposicion primitiva é innata en nuestra alma es una farsa, es una pura invencion. Nosotros, dice Helvecio, somos hijos de las impresiones exteriores, y las impresiones exteriores son las que forman en nosotros nuestras facultades y nuestras ideas. Consecuencia de este principio es, que todos los hombres, en su interior, como reducidos á puras capacidades, son iguales, y que las diferencias que en ellos se advierten nacen de la diferencia de las impresiones externas que han recibido; de manera que si dos hombres hubieran recibido unas mismas impresiones, su inteli-

gencia seria la misma, porque habian recibido un mismo desarrollo. ¿Cómo, pues, nuestro ser recibirá un mayor grado de perfeccion? Trabajando sobre las impresiones exteriores, como que de estas depende la formacion de todas nuestras facultades activas y pasivas. Y ¿cómo se trabaja sobre las impresiones? Recibiendo una educacion conveniente, valiéndonos de la atencion para crear hábitos, y de las pasiones como móvil de nuestras acciones. De manera que de la educacion dependen absolutamente nuestros poderes racionales y afectivos, y el hombre, segun Helvecio, es hijo de la educacion, y todas las diferencias que se notan entre los hombres; nacen, no de la naturaleza ni de las condiciones intrínsecas de nuestro espíritu, sino de la educacion, y la educacion depende de la influencia de los objetos exteriores sobre nuestra alma por medio de los sentidos. Consecuencia tambien de estos principios es, que esos hombres extraordinarios, que aparecen de tiempo en tiempo, que como los hitos que se hallan en los caminos reales, son los guias que destina la Providencia para conducir á la humanidad, son hombres como todos los demas, quienes, por efecto de las impresiones recibidas y debidas en gran parte á la casualidad, hicieron ciertos descubrimientos de cuenta, y por cuya circunstancia la multitud no dudó en calificarlos de genios. Galileo y Newton se hallan en este caso y la casualidad de haber tropezado el primero con los fontaneros de Florencia, y haber caido sobre la cabeza del segundo una manzana, dieron origen al descubrimiento del peso de la atmósfera y de la atraccion universal.

Hé aquí á Platon, Aristóteles, Descartes, Kant, que en nada se diferencian de los hombres mas comunes, y cuyas concepciones atrevidas y elevacion de pensamientos las deben exclusivamente á las circunstancias exteriores de su vida, ó por mejor decir, á su educacion. ¿Puede concebirse absurdo semejante! Si el grado de inteligencia depende exclusivamente de la educacion, y la educacion depende del arreglo de las impresiones exteriores,

como único elemento de que se forman nuestras facultades é ideas, Condillac, gefe de esta misma doctrina, debió sacar un genio; un hombre extraordinario en la persona real, cuya educacion científica le fué encomendada, y precisamente esta persona real se arrastró constantemente en la medianía, al paso que vemos á un Fithe, á un Mendelssohn, que se llamó el Sócrates de la Alemania, vencer los obstáculos, casi insuperables, que les oponian su humilde nacimiento y la estrechez de sus recursos para llegar á adquirir el título de filósofos eminentes. Las diferencias extraordinarias que se notan entre hermanos que reciben una misma educacion, entre jóvenes sometidos constantemente al régimen de un mismo colegio, y la experiencia de todos los dias nos convencen de la existencia de un principio sustancial, activo é inteligente en unos, mas activo é inteligente en otros, y que, excitado por los objetos exteriores, recibe su desenvolvimiento en el seno del ser. *Spiritus intus alit*. La educacion es poderosa, influyente como estímulo, y solo como estímulo para el desarrollo de esta disposicion primitiva é innata de nuestra alma, que es la que da de suyo las creaciones portentosas, y nos presenta, de tiempo en tiempo, esos hombres gigantes en todos los ramos del saber humano, que no sin razon se granjearon el título de divinos en otro tiempo, y que ahora se los saluda con el nombre de genios, como unos seres providenciales, que, inspirados por el ideal de la ciencia, inician á la humanidad en los arcanos del infinito, para hacerla conocer que allí y solo allí está el desenlace del drama, que está representando en este mundo, y el término de su peregrinacion. Este ideal es el origen del genio, y no la casualidad, como supone Helvecio. Diderot, que sufrió la influencia de la filosofía de su siglo; Diderot, que fué uno de los mas ardientes defensores de las doctrinas empíricas, cuando leyó en Helvecio esta atrevida y absurda proposicion no pudo menos de exclamar: «Los hombres de genio son contados; los accidentes estériles que crea la casualidad son infinitos, y la razon es, porque los acci-

dentes nada producen, lo mismo que el azadon del obrero que cava las minas del Golconda no produce el diamante que hace salir... ¡ Hombre de genio! tú te ignoras á tí mismo, si crees que la casualidad te ha formado; todo su mérito consiste en haberte dado ocasion para que te dieras á conocer.»

Desembarazado de los incidentes de este sistema, fijemos el punto capital sobre que debe recaer nuestra crítica. La sensacion es el origen de todos nuestros conocimientos, y como las únicas ideas de bien y de mal que nos da la sensacion es el placer y el dolor físicos, no hay otros móviles de nuestra voluntad que el placer y el dolor, y se llamará accion buena la que cause placer, y mala la que cause dolor, y en este concepto el placer y el dolor gobiernan el mundo. Por consiguiente, buscar el placer y huir del dolor es el gran negocio de esta vida, y el uso que debemos hacer de nuestra razon es calcular los medios para que se realice este objeto. De manera que, segun Helvecio, la sensacion es el punto de partida, la busca del placer el medio, el bienestar personal el término, y la regla moral el cálculo para no abusar de los goces, haciendo que no refluyan en perjuicio del bienestar personal.

Aquí tenemos el principio moral reducido á la sensacion; y para juzgar si una accion es buena ó mala moralmente, tenemos el mismo medio que para juzgar si una cosa es blanca ó negra, si un sonido es agudo ó grave, si una cosa es amarga ó dulce. Pero como la sensacion, segun vimos ya en las lecciones anteriores, es una modificacion causada en nosotros por la accion de los objetos exteriores, y que como modificacion depende del sexo, de la edad, del temperamento, del clima y de otras mil circunstancias que afectan al sugeto, y como, por otra parte, estas modificaciones son peculiarísimas al mismo que siente, de las que él solo puede ser juez legitimo, es claro como la luz del dia, que cada hombre tiene que ser juez para calificar de buenas ó malas moralmente sus propias acciones, y esta bondad ó maldad depende-

rá del grado de placer ó dolor que le hayan causado, y este placer ó dolor dependerá del estado en que se encontrará su organizacion al tiempo de recibir las impresiones. El resultado será que una misma accion causará placer en un hombre, y dirá que esta accion es buena, y causará dolor en otro hombre, y dirá que esta accion es mala, y ambos tendrán razon; porque cada uno toma por criterio, como no puede menos, su propia sensacion, y no es fácil que nadie pudiera poner paces entre estos dos hombres, ni mas ni menos que nadie podria poner en paz á un europeo y un chino que disputaran sobre el gusto del opio, sosteniendo el primero que era malo, y sosteniendo el segundo que era gustosísimo; porque los dos tendrian razon, puesto que el opio en el paladar de un chino será dulce, y en el paladar de un europeo será amargo, y el opio en sí no será ni dulce ni amargo, sino que será un cuerpo capaz de producir estos efectos encontrados. De manera que las ideas de justo é injusto, de virtud y vicio, de mérito y demérito no son mas que ideas relativas, como los olores, sabores y colores, pudiendo suceder que lo que para uno es justo, para otro sea detestable, en la misma forma que para unos es un objeto de fruicion especialísima una corrida de toros, cuando para otro es irresistible semejante escena de sangre. ¿Son estas las ideas que la humanidad tiene del principio moral y de su inmutabilidad eterna?

Pero mas aun, Helvecio proclama como único móvil y único fin de las acciones humanas el bienestar personal, es decir, proclama el egoismo, pero encerrándole en los límites de la sensacion. Si con relacion al bien personal descomponemos la noción complexa de la sensacion, tenemos tres hechos esencialmente distintos, y que no se pueden confundir. El primero es la satisfaccion de nuestra naturaleza, porque organizada para ciertos fines, siente en sí tendencias que instintivamente la arrastran á ellos. El segundo es el placer que acompaña á esta satisfaccion de la naturaleza. El tercero son los objetos propios á producir esta satis-

faccion y este placer, que es lo que se llama lo útil. La sed, por ejemplo, nos arrastra instintivamente hácia el agua por un efecto forzoso de nuestra constitucion, y esta tendencia natural es buena. Pero como estamos dotados de sensibilidad, al satisfacer esta necesidad experimentamos una sensacion agradable, experimentamos placer, y este placer es un efecto de haber satisfecho la sed. La satisfaccion de la sed y el placer que resulta son dos ideas distintas, porque son dos fenómenos diferentes. El agua es el medio, el instrumento para matar la sed y causar placer es lo útil. El filósofo, que busca en la sensacion el único móvil de nuestras acciones, y que quiere graduar la bondad ó maldad de estas, sin salir de este elemento, puede fijarse y dar por móvil, ó la satisfaccion de nuestra naturaleza, que es el primero; ó el placer que causa esta satisfaccion, que es el segundo; ó la adquisicion de los objetos que motivan estos fenómenos, que es lo tercero. Indudablemente de los tres objetos el mas natural es el primero, porque satisfaciendo una de las tendencias, á que nos arrastra nuestra constitucion, llenamos la primer condicion que nos impuso el Criador, haciéndonos séres sensibles, mientras el placer y lo útil, que son los otros dos, son efectos secundarios, que solo sirven de alicientes para realizar el primero, como una prescripcion fundamental de nuestra naturaleza.

Pues bien, no contento Helvecio en buscar el principio moral en la sensacion, haciendo mudables, contingentes y relativas las ideas de bien y de mal contra el grito de la humanidad, de los tres hechos que constituyen la sensacion, como móvil de nuestras acciones, no vió el primero, que es la satisfaccion de nuestra naturaleza, y solo vió los segundos, que son el placer y la utilidad; no vió el fenómeno principal, y vió los accesorios; no vió el elemento constitutivo como móvil, y vió tan solo sus resultados, y en fin, si su objeto fué buscar las ideas de bien y de mal moral en la sensacion, no vió lo que debia ver, lo único que hasta cierto punto podia justificarle, que era el fenómeno sustancial ó

la satisfaccion de nuestra naturaleza; y de este modo, fijándose solo en el placer y la utilidad, Helvecio fué á buscar el principio moral en la parte visible y mas grosera del fenómeno de la sensacion.

Pero aun llevó mas adelante su frenesí; porque no satisfecho con haber buscado como móvil de nuestras acciones la parte mas grosera de la sensacion, localiza ésta, reduciéndola al sentido del tacto, en términos que si el hombre no estuviera dotado de dedos flexibles, no solo no conoceria lo bueno y lo malo, sino que andaria, como las fieras, errante por los bosques. ¡El tacto! Es decir que Helvecio, para poner mas en claro lo absurdo de su sistema y su empeño de degradar al hombre, buscó el sentido mas material y mas torpe de todos. El tacto, que nos trasmite solo las impresiones de los objetos inmediatos á nosotros, ¿admite alguna comparacion con el oido, que, con una rapidez portentosa, nos informa simultáneamente de un número infinito de objetos, y que, como vehículo de la palabra, es el instrumento maravilloso para comunicarse los pensamientos? ¿Admite alguna comparacion con el sentido de la vista, que se lanza hasta las estrellas del firmamento? Tan decidido ha sido el empeño de este filósofo en materializarnos, que no ha tenido escrúpulo en hacer depender el valor y extension de nuestras sensaciones, nuestra inteligencia y hasta el principio de moralidad, de la estructura de nuestras manos, en términos, que si en vez de dedos fuera una pezuña, viviríamos como las bestias feroces. Si, el hombre es un animal, pero un animal que no debe su excelencia y superioridad á la estructura de sus dedos, sino á su inteligencia, que le hace ciudadano en el reino de los espíritus; y porque está dotado de inteligencia, tiene dedos y no pezuñas. «Que se me presente otro animal de la tierra, dice Rousseau en el *Emilio*, que sepa hacer uso del fuego y que sepa admirar el sol. ¡Qué! yo, hombre, puedo observar los seres y sus relaciones; puedo sentir en mi interior las ideas de orden, de belleza, de virtud; puedo

contemplar al universo, elevar mi inteligencia hasta la mano que le gobierna; puedo amar el bien y practicarle, ¿y podría compararme á las bestias? Alma abyecta, le dice á Helvecio, tu triste filosofía es la que te hace semejante á ellas, ó mas bien, en vano quieres envilecerte; tu genio depone contra tus principios; tu corazon benéfico desmiente tu doctrina, y el abuso mismo de tus facultades prueba su excelencia en despique tuyo.»

En este órden marcha la teoría de Helvecio. No reconoce otro origen de las ideas morales que la sensacion; dentro de la sensacion misma busca tan solo el fenómeno mas visible que es el placer; y entre todos los sentidos busca el mas material, como único instrumento para producirse tales ideas; y de esta manera el bien y el mal moral, lo honesto y lo inhonesto, el vicio y la virtud, el deber y el derecho dependen absolutamente del resultado voluble de las sensaciones, y las sensaciones del resultado variable de la organizacion. Si puramente atendemos al hecho, y por ahora prescindimos del origen, ¿son estas las creencias del género humano? ¿Depende de la organizacion, «y no hay ninguna diferencia intrínseca entre consolar á un afligido y aumentar su afliccion, entre socorrer á un infortunado y agravar su infortunio, entre agradecer un beneficio y dañar al bienhechor, entre cumplir la promesa y faltar á ella, entre hacer limosna y robar el bien ageno, entre ser fiel á un amigo y hacerle traicion, entre morir por su patria y venderla alevemente á los enemigos, entre respetar las leyes del pudor y violarlas con descaro, entre la sobriedad y la embriaguez, entre la templanza en todos los actos de la vida y el desórden de las pasiones desbocadas? El amor á los hijos, la veneracion á los padres, la fidelidad con los amigos, la compasion por la desgracia, la gratitud hácia los bienhechores, el horror que nos causa un padre cruel, un hijo parricida, una esposa adúltera, un amigo desleal, un traidor á su patria, una mano salpicada con la sangre de una víctima, la opresion del desvalido, el desamparo del huérfano, la ingrati-

«tud del bienhechor», ¿son ideas indiferentes en sí, y cuyo carácter moral dependa de las impresiones que hagan en cada individuo, según el grado móvil de su sensibilidad física? La humanidad entera protesta contra un absurdo semejante, y protesta poniendo de escudo la verdadera filosofía de todos los pueblos, los códigos de todas las naciones, los catecismos de todas las creencias religiosas. Protesta poniendo de escudo sus sentimientos y sus ideas, y la conciencia del género humano que siente en sí una regla de apreciación moral, que podrán despertar las sensaciones, pero que las sensaciones no dan, y apreciación á que se someten todas las pasiones, todas las costumbres, todos los sentimientos, sin diferencia de climas, ni de lenguas, ni de civilización; lo mismo en la bonanza que en la adversidad, lo mismo en el seno de una paz profunda que entre los horrores de la guerra. El principio moral es un rayo de luz, que viene de lo alto é ilumina nuestros entendimientos para que nos sirva de antorcha en los senderos tortuosos de la vida. El principio moral es inmutable, como la fuente de donde nace, y esta inmutabilidad fija y eterna se hace sentir á la humanidad en todos los puntos del espacio, en todos los instantes de la duración. Dos cosas grandes, dice el filósofo de Kœnigsberg, dos cosas grandes hay en el universo, el cielo estrellado sobre nuestras cabezas y el sentimiento del deber en nuestros corazones.

Pero no basta acreditar la existencia del hecho, no basta hacer ver la distinción profunda que separa el bien del mal, la virtud del crimen, la moralidad de la injusticia, es necesario descubrir su origen y la facultad que nos da á conocer esta distinción. Una piedra cae, y á la vista de este fenómeno decimos que la caída de esta piedra tiene una causa. Los sentidos solo nos dan á conocer la caída de la piedra, porque los sentidos solo nos pueden dar á conocer fenómenos materiales y sensibles. ¿De dónde sale, pues, este juicio de que la caída de la piedra tiene una causa, cuando este juicio está fuera de la esfera de las sensaciones? ¿De

dónde nace el juicio que formamos de todos los fenómenos que se presentan á nuestra vista, cuando hacemos la aplicacion de suponerles una causa? ¿De dónde nace este juicio instantáneo, que se ocurre indistintamente á todos los hombres, cualquiera que sea el grado de su cultura? Ya lo dijimos en la crítica de Hume. Estos juicios particulares que forma todo hombre, sábio ó ignorante, tienen por origen una concepcion pura de la razon, facultad de lo absoluto, que es la que nos pone en contacto con el mundo del infinito, así como la sensacion nos pone en contacto con el mundo material. La razon, con ocasion de un hecho sensible que nos suministra la sensacion, se despierta en nosotros, y por medio de concepciones *à priori* nos deja saborear los resplandores del infinito, y entre estas concepciones *à priori* es una de las primeras el principio de causalidad, y sin la que el mundo seria para nosotros un enigma, como lo es para los animales que desconocen esta facultad y estas concepciones, y cuya vida está encerrada toda en el estrecho círculo de las sensaciones, que por mas fenómenos que estas presenten, jamás arribarán á concebir el principio de causalidad. De manera que el juicio que se forma de que la caida de una piedra tiene una causa, consta de dos elementos enteramente distintos. Uno es la caida de la piedra, que es la materia del juicio, y otro es que todo fenómeno que comienza á existir tiene una causa ó el principio de causalidad, que es la forma del juicio. La materia la suministra la sensacion, la forma la razon. La materia es contingente como obra de la sensacion, porque los fenómenos pueden variar, y un mismo fenómeno puede estar sujeto á mil circunstancias distintas, mientras la forma del juicio es una misma en todos, absoluta, incondicional, eterna, como lo es el origen de donde procede.

La misma marcha lleva nuestra inteligencia con respecto al principio moral. Ocorre un hecho particular cualquiera, el socorro, por ejemplo, de un desgraciado, y á vista de este hecho, el alma forma el juicio de que es bueno socorrer á un desgraciado.

Este juicio se llama juicio moral. Y ¿de qué elementos se compone? Lo mismo que el anterior, de materia y forma. La materia de este juicio es el socorro del desgraciado, que lo mismo puede ser la guarda de un secreto, la fidelidad á su patria y cualquiera otro de tantos y tantos casos que ocurren en todas las relaciones que ligan á los hombres entre sí, y que el mismo caso del socorro del desgraciado puede recibir innumerables variaciones, porque lo mismo puede recaer sobre un pordiosero que sobre un naufrago ó sobre un hombre que vea arder su casa y su hacienda. De manera que la materia de este juicio moral es variable, contingente y expuesta á todas las alteraciones á que están sometidos los hechos, y es sensible porque la existencia de estos hechos es obra de las sensaciones, que nos los hacen conocer por medio de los sentidos. Pero además de este elemento móvil y particular, un juicio moral encierra otro, que es comun á todos, que no admite variaciones, que es un elemento *à priori*, que la experiencia ni da ni puede dar, porque no está sometido á los sentidos; pero que solo la razon da, porque si no tiene la cualidad de sensible, tiene la de inteligible á la razon. Este elemento es la idea de bien, y se llama la forma del juicio. Los juicios morales, pues, constan de dos elementos, siguiendo á Kant, del elemento empírico y del elemento racional: el elemento empírico es la materia, y el elemento racional es la forma en los términos que quedan explicados. De la amalgama de estos dos elementos resulta el juicio moral, y de la conformidad ó no conformidad con este juicio resulta la culpabilidad ó inculpabilidad del agente.

Y ¿cómo la razon nos da esta idea de bien, esta forma, este elemento racional? Muy sencillamente; de la misma manera que nos dió el principio de causalidad. El principio de causalidad nos da á conocer que todo tiene una causa; pues la idea de bien nos da á conocer que todo tiene un fin, porque el fin de todas las cosas no puede ser otro que su bien, puesto que el fin que Dios se propuso, creando el universo, no pudo ser contradictorio á sus

naturaleza, que es la bondad infinita, ni ser otro que Dios mismo. La creacion entera está entre estos dos principios, que todo tiene una causa, y que todo tiene un fin; y sin estas dos concepciones el mundo seria para nosotros un enigma, y la sabiduría de Dios un imposible.

Si todo tiene un fin, nosotros tambien tenemos un fin, y si el fin de todo es bueno, porque es el que Dios se propuso creando el universo, nuestro fin es nuestro bien, y nuestro deber será realizarle. Y ¿cómo le realizamos? Cumpliendo con la ley que nos impuso Dios al soltarnos de sus manos, estudiando nuestra naturaleza; porque nuestra naturaleza, obra de Dios, debe ser acomodada al fin que su sabiduría se propuso al crearnos. Y ¿qué nos dice nuestra naturaleza? Que estamos dotados de inteligencia para conocer las cosas, que en la esfera de nuestra actividad sean necesarias para realizar el fin, para que hemos sido criados. Que somos seres libres, y por consiguiente, capaces de elegir entre estos medios los que creamos convenientes para llenar nuestro destino ó nuestro fin. Cuando, como seres inteligentes y libres, caminamos á nuestro fin, concurrimos á realizar el pensamiento de Dios, es decir, concurrimos á realizar el orden universal; porque el orden no es mas que el fin realizado, y entonces contraemos mérito y nos hacemos dignos de premio, y si nos separamos del orden, contraemos demérito y nos hacemos dignos de castigo. Todos los seres realizan su fin y contribuyen al orden universal, porque si en todos este fin es su bien, aunque obren fatalmente, solo en los seres inteligentes y libres este bien es moral, porque solo seres libres pueden marchar ó no marchar á su fin, y solo seres inteligentes realizarle, y solo sobre seres de esta naturaleza puede ser el bien meritorio ó demeritorio, moral ó inmoral. Por consiguiente, el bien moral consiste en la realizacion libre é inteligente de nuestro fin en cada circunstancia particular.

Esta concepcion absoluta de la razon, de que solo el hombre

en este mundo es susceptible, porque solo el hombre es capaz de estas concepciones, le dan el sentimiento de su dignidad, le hacen conocer que es una persona y no una cosa, le enorgullecen al verse asociado á Dios en el plan de la creacion, cuando ve que Dios le ha encomendado la realizacion de su fin, dotándole de las facultades necesarias para ello ; y cuando ve que la grandeza de Dios no solo le ha dotado de estas facultades, sino que ha puesto en su alma, finita como es, aspiraciones infinitas, que le descubren en lontananza los tipos ideales y eternos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, como otras tantas emanaciones de su esencia divina, cuya asecucion constituye el fin absoluto del hombre. Y no se crea que, porque estas aspiraciones son irrealizables en este mundo, deje de ser la obra de Dios perfecta y acabada, como son todas las obras del Altísimo. Sí, estas aspiraciones, que forman la grandeza de nuestro ser, son irrealizables en este mundo, porque este mundo es la toma en oposicion con tales aspiraciones, en términos que no damos paso en esta vida que no sea cruzado de obstáculos, como quien camina por senderos tortuosos entre derrumbaderos y precipicios. Pero esta situacion rodeada de peligros es la condicion necesaria de este mundo, porque este mundo no está hecho para la felicidad, sino para la virtud, y la virtud se gana con méritos, y los méritos se contraen venciendo obstáculos y arrollando dificultades, y el sér, que dotado por Dios de inteligencia y libertad, adquiere la ejecutoria de la virtud, ganada con el vencimiento de sus pasiones y con el cumplimiento de sus deberes para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismo, tiene todos los títulos necesarios para ver realizadas las esperanzas que infunden esas mismas aspiraciones, como obra de Dios, y en un mundo mejor verá orlada su frente con la inmarcesible corona de la inmortalidad, como premio debido á esa misma ejecutoria.

En este elemento se hallan los arranques del genio, los transportes del entusiasmo, los esfuerzos magnánimos del heroísmo.

En este elemento respiran las ideas de Platon, las categorías de Aristóteles, el infinito de Descartes, la inmutabilidad de la razon divina de Malebranche, el idealismo de Leibnitz, las formas de la razon de Kant. En este elemento respiran las expansiones tiernas, entrañables y cariñosas del amor divino de Fenelon y Santa Teresa, de esta heroína que en el entusiasmo de su éxtasis exclama, hablando de Luzbel: «¡El desgraciado no ama!» Aquí respiran las concepciones atrevidas del descubridor del Nuevo-Mundo, los arranques guerreros de los Alejandros y Bonapartes. Aquí el ideal divino que hizo sonar los acentos, ya dulces, ya guerreros, de los Homeros y Virgilio, de los Tassos y Miltones. Aquí las revelaciones del infinito presentadas en forma sensible por los Rafaeles y Murillos, por los Arquímedes y Herreras. En esta region habitan los Cincinatos, los Régulos, los Assas, nuestro leonés Guzman el Bueno, arrojando desde los muros de Tarifa el puñal que habia de clavarse en el corazon de su hijo, antes que ser desleal á su rey y á su patria. Allí debe aparecer como una inscripcion escrita con letras de sangre la respuesta inmortal de nuestro Palafox en la invicta Zaragoza, cuando á un parlamentario que le intimaba la rendicion de la plaza, le contestó: «Decid á vuestro general, que la guarnicion y el pueblo, postrados ante Dios, están en este acto haciendo las exéquias por vivos y difuntos, y que es esta la respuesta que llevais.» Aquí aparecen esculpidas en bronce todas las acciones grandes que han tenido por divisa la abnegacion, el sacrificio y la virtud contra los mezquinos cálculos del interés y contra el halago de las pasiones. Aquí, en fin, está el hilo que nos liga con el mundo de los espíritus, y nos conduce al templo de la inmortalidad.

Si volvemos la vista á la moral del interés, ¿qué héroes presentan las máximas de La Rochefoucauld, el catecismo de Volney, la fábula de las Abejas de Mandeville? ¿Qué acciones sublimes, qué ideas elevadas? En esta doctrina aparece el hombre envuelto en el cieno de la materia, sin mas Dios que sí mismo,

agotada su cabeza, seco su corazon, confundido entre los monos, los elefantes y las demás bestias, de las que solo se distingue por algun gradito mas de inteligencia, debido á la flexibilidad de sus dedos; rodeado de sus semejantes, que son otros tantos enemigos, porque son otros tantos egoistas; en busca siempre de los placeres sensibles, como único término de sus sensaciones y de su destino; reducidas todas sus virtudes á ser prudente en los gozes de esos mismos placeres; convertido en objeto de cálculo lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, la virtud y el vicio, sin una mirada ni un recuerdo al Hacedor de todas las cosas; y por término de su vida bestial, la disolucion de su cuerpo para entregarle á las leyes generales de la materia, sin otro porvenir. Horroriza considerar un cuadro semejante. ¡El hombre dotado de razon, que le descubre el infinito, sin otro porvenir que la tumba! Hay en nuestra alma, dice un filósofo aleman, un mundo espiritual, que refleja como un sol del seno de las nubes del mundo material; es el mundo de la virtud, de la belleza y de la verdad. Esta triada armoniosa nos eleva necesariamente por cima de esta tierra, con la que nada tiene de comun, porque no sirve ni para nuestra conservacion ni para nuestra felicidad actual. Tenemos un hambre divina, el sabor de un Dios, y la tierra solo nos ofrece el nutrimento de las bestias. De esta aspiracion infinita nos vemos precisados á concluir en una existencia sin fin. Admitid decididamente que todo en nosotros perece con el cuerpo, y entonces la existencia de los pueblos y de los siglos carece de objeto; lo pasado se pierde en lo presente, y lo presente en el porvenir; el mundo no es mas que un cementerio que va ensanchando siempre, y un Dios solitario que reina sobre moribundos y muertos. El amor mismo se hace imposible entre los hombres, porque sin la inmortalidad ninguno puede decir: *Yo amaba*; dirá solo: *Yo queria amar*. El amor supone la vida, y sin la inmortalidad la vida no es mas que una vana apariencia.

Al rebatir el sistema de Helvecio, no es mi ánimo excluir ab-

solutamente las pasiones y el interés, como móviles de nuestras acciones. No en vano dotó Dios nuestra organizacion física é intelectual con estos elementos, que como alicientes, pusieran en movimiento el principio activo que constituye nuestro ser. Pero tén-gase presente que si entran como elementos necesarios, no entran como base; que si no podemos ni debemos renunciar á los goces honestos ni á los cálculos que mejoren nuestro bienestar material, cálculos y goces tienen que estar subordinados á otro elemento que les es superior; tienen que estar subordinados á la idea de bien en sí, al principio moral, al sentimiento del deber, que, dando impulso á nuestra inteligencia, fortaleza á nuestra voluntad, firmeza á nuestro juicio y rectitud á nuestro corazon, constituye la esencia de nuestra dignidad personal. Nada mas justo que ser aseado, industrioso y prudente; nada mas justo que el hombre, rey de la naturaleza, estudie sus leyes y aplique el agua, el vapor y todos sus elementos en mejorar su estancia en este mundo y aumentar sus goces materiales; pero esto se entiende dentro de sus limites, porque por cima de estos bienes hay mas, hay un destino áspero que cumplir, una moral severa que observar, y una inmortalidad en esperanza; y estas ideas no son obra de los sentidos, sino de la razon intuitiva, que nos pone en comunicacion con los tipos eternos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, que como otras tantas irradiaciones del seno del Criador, hacen conocer á la humanidad los lazos que la ligan con un mundo invisible, y que tiene que ser el término de su peregrinacion terrestre.

